

AMAIUR

Sergio Lozano

Erased una vez un padre que quería contarle un cuento sobre la montaña a su hija. Cuando la niña tenía cuatro años se había ausentado muchos días para subir unas cumbres al otro lado del océano y esperaba poder hacerle comprender mediante un relato por qué la había abandonado.

La hija se llamaba Amaiur y era la niña más bonita del mundo. El padre la miraba mientras perseguía las olas como juguetonas caricias que la mar le lanzaba, mientras recogía margaritas entre las altas hierbas, persiguiendo el misterio de las hormigas y los escarabajos, mientras lanzaba piedritas al río remansado, mientras entrecerraba los ojos, ladeada la cabeza sobre la almohada, el cuento de hoy a punto de llegar a su final, mientras la veía llorar y gritar y protestar y el padre reconocía el mismo hechizo que lo empujaba hacia la montaña en aquella criatura caprichosa, tornadiza, egocéntrica, indecible, colosal, ilimitada, a la cual percibía como un barro sin modelar ante el que sentía vacilar sus manos, un lienzo en el que aún chispea una única pincelada y en el que la vida plasmará el universo, un territorio inexplorado que nos mostrará bosques y tribus y océanos y ocasos y desiertos, y el padre comprendía por qué se había ido y por qué nunca dejaría de irse, por qué no existían palabras para describir lo que sentía por aquella niña y por qué la amaría hasta su último aliento.

A menudo había querido iniciar el cuento. Muchas tardes había tomado a Amaiur en brazos, se había sentado en el suelo y la había puesto sobre sus rodillas. Cuántas veces, recapacitaba luego el padre, había entornado los párpados para columbrar la línea del horizonte desmantelada en sucesivas cordilleras, algunos rayos de sol como espadas incandescentes mutilando las cúspides, jirones de niebla abrazados a los abetos, el crujido de la nieve bajo sus botas. En tantas ocasiones había llegado, incluso, a anunciar sus intenciones.

- *Ene maitea*, hoy te contaré una historia sobre la montaña.

Sin embargo, una vez pronunciadas estas palabras, el padre abría los ojos y se quedaba, mudo y absorto, instalado en aquellos otros ojos, los más hermosos del mundo, que le hablaban con esa lengua común a todos los



seres humanos que olvidamos cuando abandonamos la infancia. Entonces, el padre sentía en su rostro el viento que apresaba la arista de roca y empujaba contra la cumbre nubes traídas del valle y veía las laderas, antaño sepultadas bajo el hielo, ahora cuajadas de casas y escuelas y plazas en las que se encendían luces diminutas y que se poblaban de siluetas infantiles jugando libres, sin prejuicios y sin amos, vírgenes, y quedaba hipnotizado por la gravedad del mundo en formación, a modo de una nebulosa girando en torno a sí misma, dueña de la luz y del tiempo, omnipotente, que veía asomarse a las retinas de Amaiur.

El padre alargaba su brazo hasta rozar la mejilla de la hija, y le pellizcaba la nariz y acariciaba sus cabellos y le hacía cosquillas para oír su risa y le pedía que lo abrazara y entonces, entre aquellos pequeños brazos, junto a aquel pequeño pecho agitado, tan cerca de los suyos aquellos amados ojos poblados por más paisajes de los que nadie verá jamás, sólo entonces tomaba conciencia de que ya no estaba escalando, unido a la vida por un cordón umbilical de once milímetros de diámetro, sacudido por el viento a miles de metros de altura, sino que había ido a esperar a su niña a la salida de la *ikastola* y de sus labios nada brotaba aparte de besos y en su mente sentía el eco de la historia que

había querido contar, alejándose, atemperándose, adormeciéndose.

Los días pasaban. El padre seguía haciendo escapadas a la montaña, apenas dos o tres días que siempre empezaban un viernes por la mañana, en la puerta de la escuela, enfrentado a la mirada anhelante de Amaiur, a la misma pregunta, a aquella historia que hibernaba en su corazón esperando la primavera para brotar y hacerse flor.

Aita, ¿cuándo volverás?

¿cruzarás el mar para subir al monte?

¿cuántos días te vas?

¿hay nieve en esa montaña que vas a subir?

¿dónde vas a dormir?

¿es muy grande?

¿cómo es la gente que vive allí?

¿nos llamarás algún día?

Porque descifraba la demanda, la duda íntima que subyacía debajo de todas aquellas cuestiones el padre partía triste. Pero camino de la cima, despojado del mundo del valle, desnudándose a cada paso, terminaba por olvidar su pesar y avanzaba, concentrado en las historias esculpidas en la vereda, mientras su mente tejía un nuevo relato para contar a la niña que lo aguardaba en el lejano, remoto hogar.

Inició la cresta destreando del monte Recilla a un amplio collado tomado por arbustos de boj. Había estado lloviendo toda la noche y la piedra, aún húmeda, estaba resbaladiza. Recordó dos reglas básicas hace muchos años aprendidas y se prometió a sí mismo progresar teniendo siempre tres puntos de apoyo y no intentar avanzar hasta haber equilibrado su posición.

Dos manos y un pie, equilibrarme, una mano y dos pies -repitió en voz alta: escalaba solo y sin cuerda a modo de entrenamiento psicológico para afrontar crestas y vías de dificultad en altura-

El tramo occidental del cresterío ascendía de manera sostenida hasta el punto culminante de la travesía, la cumbre del Palomares. Superó acantilados en los que las chovas se le acercaban curiosas para luego precipitarse al abismo, negros acróbatas vocingleros. Dejó atrás trechos en los que el espinazo mineral se sumergía en pequeñas brañas, donde aprovechaba para hidratarse y desde las que repasaba, a un lado la vertiente septentrional con su selva de hayas como un rompeolas que las faldas salpicadas de tejos oponían al piélago en el que las casetas de Lagrán parecían flotar, al otro lado la planicie desparramándose sin límites entre pistas de tierra, labranzas y tejados espejeantes, y en medio la ruta que habría de recorrer, una torturada quilla hendiendo el cielo.

En el monte Palomares se encontró con las únicas personas que tropezaría en toda la ruta. Lo vieron acercarse a la cima escalando un espolón calizo y allí lo esperaron. El padre charló un momento con ellos mientras descansaba y comía unos dátiles. Ellos le pidieron que fuera cuidadoso y no obtuvieron respuesta, acaso una sonrisa, tal vez un leve asentimiento con

la cabeza, un guiño amable de los ojos. Se despidieron deseándose buena suerte.

Tras un corto descenso, inició la segunda parte de la cresta, que acababa en el puerto del Toro tras rebasar la cota de la Cruz del Castillo. Caminó por una estrecha loma rematada por un pilar calcáreo. Estudió aquella puerta buscando la ruta más accesible y finalmente decidió atacarla por el lado en el que la caída era menor.

Afianzó sus manos en la roca, alzó el pie derecho, aseguró su posición y elevó la pierna izquierda en busca de apoyo. A mitad del movimiento, su pie derecho resbaló: primero sintió que su hombro izquierdo chocaba contra la piedra, luego su cuerpo giró en el aire, el cielo convertido en suelo y el valle en un vidrio contra el que se abalanzaba, casi al instante un golpe en la cabeza y apenas tuvo ya tiempo de percibir unas guedejas de pelo castaño resbalando en sus dedos, unas manos abiertas cerca de su rostro y la voz de su niña alejándose. Los montañeros con los que poco antes hablara lo vieron rodar ladera abajo.

Hacia ya tiempo que el padre había curado sus heridas el día que volvió a buscar a Amaïur a la salida de clase. Desde que saliera del hospital la observaba como si ya no fuera algo suyo, como si no la mereciera, como si aquel mediodía en la sierra de Kantabria no sólo hubiera perdido el derecho a considerarse su padre, sino también el de estar a su lado para jugar con ella y protegerla y quererla.

Tan pronto como lo distinguió, la niña corrió hacia el padre y lo ciñó en sus brazos. El se agachó hasta enfrentar sus ojos y sintió que era la primera vez que penetraba en aquellas pupilas verdes y azules, hechas de hayas y de vertiginosas agujas de roca, de olas petrificadas amenazando con devastar el valle, de agua tallando

camino en la piedra viva. Aupó a su hija y se arrimó a un costado, se sentó en la hierba mirando hacia el monte Eretza, puso a la niña sobre su rodilla izquierda, la besó en la frente, le señaló con el índice de la mano derecha aquel monte oscuro en cuya cima se aquietaba el algodón de azúcar de un cúmulo y comenzó la historia que nunca antes acertara a narrar.

Ene maitea, hoy te contaré una historia sobre la montaña: érase una vez un niño que quería ascender el monte Eretza... □